Artículos

Diario de Burgos 13 marzo 1952

52

(51)

SUPLEMENTO A LOS TRATADOS DE URBANIDAD

Por Joaquín CALVO SOTELO

HA venido a mis manos un viejo Tratado de Urbanidad. Confieso que lo he leído a la ligera, pero sin omitir ninguno de sus capítulos fundamentales. Con sus normas --aún a pesar de que parecen dictadas a fines del último siglo-- no pugnan las de hoy. Una gran parte de ellas, eso sí, no tienen en nuestros días ocasión de ser aplicadas: el torneo de las vitas cayó en desuso; el diálogo de las flores y el de los abanicos ya no se traba nunca; los carnets de baile han desaparecido... ¿Para qué, en consecuencia, señalar con arreglo a qué pautas deben llenarse? La publicación de un Tratado de Urbanidad de nuevo cuño ignoro si constituiría un pingüe negocio editorial. No sé si los buenos modos escasean por falta de textos al uso o si existen tan pocos textos porque los buenos modos preocupan poco. Aunque desgraciadamente el repertorio de las públicas maneras es harto mediocre, yo entiendo que, si algún organismo se dedicase a adoctrinarnos, obtendría resultados favorables. Qué dulce título: El Instituto de la Cortesía... ¡Y qué placentera misión la suya! Ese tratado al que aludo podría ser su carta fundacional previos unos expurgos elementales y unas ineludibles adiciones. Adiciones, sí: porque es evidente que la vida moderna engendra un Mundo nuevo de relación social, hace cincuenta años imprevisible. Así el que surge, por ejemplo, del hecho de que, cotidianamente mil señores inviten a mil amigos a subir en sus automóviles y a llevarles a sus oficinas o a sus casas. Aunque el tiempo de ese cabotaje sea corto, fácil resulta advertir las múltiples oportunidades que brinda a la delicadeza y las sirtes y escollos que oculta para el ineducado. Fruto de mi larga experiencia personal, adquirida unas veces como invitante y como invitado otras, yo me permito hoy, bajo la rúbrica genérica de "Suplemento a los Tratados de Urbanidad", unir a los materiales con que el Instituto inicie un día sus trabajos, este apéndice que pretende señalar cuál ha de ser la actitud del perfecto convidado en automóvil. Si su difusión acrecienta en sólo un grado de cortesía ambiente, me consideraré satisfecho. He aquí mis preceptos repartidos en tres grandes capítulos. A saber: De cómo debe comportarse el perfecto convidado antes de que el coche inicie su marcha, en ruta ya y en ciertas situaciones de excepción.

Primer capítulo.--Antes de que el coche inicie su marcha. A) el perfecto convidado, pondrá su celo en adivinar el coche al que se le invita, previamente a su entrada en él. Estudiará, para ello, tanto las miradas como la dirección de los pasos del propietario. Constituirá un error imperdonable preguntar: --Es éste?-- y señalar otro mejor.

B) Su agilidad para hallarse en los bolsillos la propina al celador, mejorará en un mínimo de diez segundos, la del propietario.

C) Las primeras palabras que pronuncie una vez dentro, deberán ir enderezadas al elogio de la tapicería, de la limpieza y de la comodidad del coche.

D) Supuesta la irregular adquisición de algunos automóviles, es aconsejable abstenerse de inquirir detalles tanto sobre el procedimiento seguido para su compra como sobre su precio.

E) Si, ya por impericia del conductor, ya por deficiente funcionamiento de la puesta en marcha, el coche no arrancase con la debida presteza, el perfecto convidado asegurará aún en pleno mes de Agosto, que es debido a que el motor está frío.

F) Para colaborar en las maniobras de salida, el perfecto convidado mirará hacia atrás por la ventanilla y, a medida que se haga necesario, aconsejará: --Sigue, puedes, venga... --La última palabra suele ser, tradicionalmente ésta: --Buenooo...!

Capítulo segundo.--En ruta ya. A) Siempre que se requiera, secará una mano al aire para detener los otros coches.

B) A medida que la ocasión se presente, alabará la suspensión, la compresión y los frenos y, aunque la ocasión no se presente, la destreza de quien lo conduce.

C) Si, por ligereza, cometiera la infantilidad de preguntar por la radio en coche en que no la tuviera, deberá apearse con cualquier pretexto, en el portal más próximo.

D Hablará exuberantemente al propietario de los coches que le haya conocido, con anterioridad, sólo en el caso de que fueran de menor potencia que el actual.

E) Venga a cuenta o no, aconsejará prudencia al conductor al que puede llamar por su nombre de pila aunque hasta entonces lo haya hecho por su apellido y al que tildará de loco y temerario con razón o sin ella, seguro de ser oído con secreto halago.

F) Saludará, desdeñosamente, a los amigos peatones e ignorará a los que vayan en coches de marca o modelos superiores.

G) Al final del trayecto se maravillará siempre, del escaso tiempo invertido en recorrerlo.

Tercer capítulo.--En situaciones de excepción. A) Cuando los otros vehículos o transeuntes, realicen maniobras que pongan en peligro el coche, insultará por la ventanilla al responsable. Si los interpelados replicaran y no hubiera otro remedio que echar pie a tierra, el enojo y la gallardía del invitado, deberán superar los del propietario.

B) El perfecto convidado deberá acompañarle en cuantos incidentes se produzcan durante el trayecto sea cual sea el lugar en el que ventilen: Comisarías o Casas de Socorro.

C) Ante el guardia que pretenda multarle, actuará como espontáneo y celoso abogado y afirmará inclusive, de ser preciso, que es amigo del delegado de Tráfico.

D) En caso de pinchazo, no desertará, bajo ningún pretexto. Si es menester empujar el coche, arrimará su hombro, denodadamente, a la tarea.

Si no he previsto enteramente las múltiples desinencias a que, el mundo de las relaciones entre el convidado y el invitante, puede dar lugar, si creo, al menos, haber señalado las principales. Aseguro, desde luego, que a quien las cumpla estrictamente se le renovará, con frecuencia, la ocasión de gozar nuevo hospedaje a bordo de esas deliciosas máquinas que liberan, ya de la dura servidumbre del pedestrismo, ya de la interminable espera de los autobuses y tranvías; ya de la dolorosa sangría de los taxis... Este modesto artículo mío, no pretende otra cosa.

1 la